

“No, no tengo el honor”

PHILIPPE OLLÉ-LAPRUNE

*La eternidad está ahí, ojo tranquilo del tiempo muerto.
¿Es llegar de verdad como llegar al puerto?*

B. Fondane

Victor Serge nació exiliado, vivió proscrito y murió lejos, en México, siempre marcado por el destierro. Nacido con el nombre de Victor Lvóvich Kibálchich, se impone otro para firmar sus artículos y darse a conocer. Es la figura personificada del insurrecto; ya sea que escriba sus textos o practique la acción revolucionaria, no puede aceptar el mundo como es, tal cual es. Jamás dejará, hasta el final de su vida, de practicar esas dos formas de rebelión, sin que una empañe a la otra, la debilite o incluso la haga común, previsible. Su obra literaria no descansa en la simplicidad o la pesadez que son en general los estigmas de la literatura militante; su acción revolucionaria jamás cae en el romanticismo. Su destino está marcado por la exigencia y la lucidez. En una carta a Panaït Istrati, cuando es presa de varios problemas en Rusia, le confiesa: “No concibo la literatura sino como un medio de expresión y comunión entre los hombres: un medio particularmente poderoso a los ojos de aquellos que quieren transformar la sociedad. Decir lo que uno es, lo que uno quiere, lo que uno ha vivido, luchado, sufrido, conquistado. Por lo tanto hay que ser de los que luchan, sufren, caen, conquistan. Y a partir de ahí la literatura propiamente dicha no tiene en la vida más que un lugar bastante secundario”. Es difícil expresar con mejores palabras el papel esencial y, sin embargo, “secundario” que tiene la escritura literaria. Serge no cesa de querer romper su aislamiento por medio de la acción y por medio de la escritura, dar a conocer los problemas, las tentaciones y los temores de los hombres a quienes entiende con profundidad y empatía: sus cualidades humanas y su fe en el individuo se traducen en libros de resonancia autobiográfica, y externando su rechazo a los sistemas humillantes para el ser humano. Capitalismo y totalitarismo son dos máquinas a combatir, a repeler y a denunciar. Su vida y sus libros son los testigos de esta lucha.

Fue criado en Bruselas (Nació en 1890) en una familia de rusos exiliados antizaristas. Su cultura y su educación son las de un autodidacta, y su inclinación se va a manifestar rápidamente en favor de las doctrinas libertarias. Alterna las lecturas

y trabajos, en particular en el campo de la imprenta, tan socorrida entonces por los anarcas de todo tipo. Pero, sobre todo, el joven Serge lee con voracidad lo que se encuentra. Literatura, política, trabajos científicos. Nada escapa a su bulimia, comportamiento esencial del inquieto autodidacta. También publica algunos artículos militantes en la prensa radical de extrema izquierda. En 1909 viaja a París, el lugar privilegiado de los jóvenes belgas que aspiran a algo más, y que es centro activo en el terreno de la agitación política. Milita, provoca, profundiza sus conocimientos. Y tiene encuentros: previamente amistado con Raymond la Science (el teórico del célebre grupo de Bonnot), debe tomar posición rápidamente y rechazar la acción armada a ciegas. Algunos otros son más radicales, o más fanáticos. Detrás de los términos de “anarquía” o de “libertarismo” se esconde una nebulosa de doctrinas que van de las tesis de Bakunin o de Proudhon a la práctica del vegetarianismo y al terrorismo sistemático. En seguida el joven ruso-belga debe construir una doctrina a la cual permanecerá fiel. Confía bastante en el individuo y su fuerza para desafiar la historia. Aspira a una sociedad socialista que lo respetaría, y desea ante todo “jamás renunciar a defender al hombre contra los sistemas que planifican el aniquilamiento del individuo”. Mantendrá estos principios, incluso si habrá de adaptarse, en ocasiones, a una realidad pesada y llena de obstáculos. En todos sus escritos, ficciones, poesía o ensayo, alberga una inmensa esperanza por un futuro que anhela distinto, particularmente cuando atraviesa un momento crítico (aunque su vida tal vez sólo sea una sucesión de momentos críticos...). Sabe que las ideas que se cruzan en las publicaciones, para ese entonces, están más cerca de la realidad que numerosas teorías de líderes políticos. Escribirá más tarde: A menudo hemos visto con claridad, con nuestros periodiquitos insignificantes, ahí donde los hombres de Estado trastabillan en la tontería ridícula y catastrófica”.

Otro rasgo de su carácter: una vez que ha adoptado una causa no hay punto de retorno. No vuelve a colaborar con quien considera un enemigo o no cambia de idea. En noviembre de 1911 conoce a Jules Bonnot en el periódico que dirige, *La Anarquía*. Sus puntos de vista difieren, particularmente acerca del uso de la violencia. Un inmenso frenesí los invade a los dos. Antes de la primera guerra mundial la sociedad occidental ya conoce los reintentos de causas fundamentalistas que provienen de los opositores más radicales. Serge insiste: “Una auténtica ola de furor y de desesperanza aumentaba. Los grupos clandestinos anarquistas disparaban contra la policía y se quemaban la sesera. Otros, controlados antes de dis-

pararse en la cabeza la última bala, iban a la guillotina y ufanos gritaban:

“¡Uno contra todos!”. En seguida de una acción violenta del grupo de Bonnot, las armas, escondidas, a espaldas de Serge, en el periódico, son encontradas. Rechaza colaborar con la justicia y declara: “Estoy con los bandidos”. Esto le cuesta cinco años de prisión, ingresa a las instalaciones de la Santé y de Melun. No busca declararse inocente ni denunciar a nadie, a pesar de su absoluta renuencia al activismo armado. Entonces es encerrado de 1912 hasta inicios de 1917 y encuentra en la experiencia carcelaria material para su primera novela *Los hombres en prisión*. La solidaridad, la desdicha compartida y la esperanza de un mejor futuro están presentes, arraigadas en el espíritu del joven. Finalmente sale y es expulsado de Francia.

Se va a Barcelona, donde adopta el nombre “Victor Serge”, y participa en un alzamiento frustrado por parte de los grupos izquierdistas. El fracaso es doloroso, pero la lección permanece: las fallas en la organización anticipan muchos otros, ahí y en otras partes. Por otro lado, una noticia conmociona al mundo y moviliza a todos los revolucionarios del planeta: Rusia acaba de derrocar a su zar y las diferentes fuerzas que han organizado ese levantamiento intentan dar forma a una nueva manera de gobernar. Desde allá, en el Este, desde ese país que también es el suyo, Serge siente —como muchos otros— que el futuro de la revolución mundial se está jugando. Y que él no puede dejar de participar. Entonces trata de regresar a esta Rusia en plena tormenta, pero es arrestado en Francia donde aún es un indeseable. Y regresa a prisión para finalmente ser liberado en 1919. Entonces parte para Petrogrado (después San Petersburgo) y encuentra un país desangrado, amenazado, atacado y arruinado. Los bolcheviques sin duda ganaron y tomaron el poder, pero están sitiados por enemigos tanto dentro como fuera. Serge se adhiere al Partido Comunista, consciente de sus errores, pero también de la necesidad de no aflojar en un momento como ése. Asiste al congreso de la Internacional Comunista y, sin duda dotado para los idiomas y provisto de una pluma eficaz, trabaja con denuedo: traduce, escribe artículos, folletos, edita libros para las nuevas Ediciones de la Internacional Comunista. De esta manera se convierte en el célebre secretario de Zinoviev, dirigente de la III Internacional. Por otro lado, incluso si forma parte de una oposición de izquierda, en ese momento discrepa de Trotski y sus milicianos, por parecerle demasiado sectarios. Su relación con “el viejo”, como lo llama, constituye la síntesis de las luchas de la izquierda radical. Serge es enviado a una misión más o menos secreta a Alemania y se refugia en Austria inmediatamente después de una tentativa de revolución malograda que precipita su huida. Y sobre todo escribe artículos en el centro neurálgico de la agencia oficial soviética. Forma parte de los que redactan las noticias mediante las cuales los demás países se enteran de lo que sucede en la URSS, casi siempre mitad periodismo y mitad propaganda.

El episodio más doloroso y que anuncia el futuro es por mucho el levantamiento de los marinos de Kronstadt y la represión de la cual fueron víctimas. En marzo de 1921, presos de una realidad terrorífica, se rebelan y exigen elecciones libres. Son masacrados por las tropas comandadas por Trotski. Sus ideas están marcadas por los ideales anarquistas y por el rechazo a un poder impuesto desde “arriba”. Para Serge se trata de sus compañeros quienes perecen a manos del Partido

y esto constituye un doloroso asunto de conciencia. A su llegada, había dicho: “No estaré contra los bolcheviques ni neutral, estaré con ellos, pero con independencia, sin abdicar de mi pensamiento ni del sentido crítico...”. Acorralado en la maquinaria que impone un país en plena revolución, debe adaptarse, lidiar con eso. En una parte de su libro *Memorias de un revolucionario* intitolado *El peligro está en nosotros* cuenta el episodio y deja traslucir la certeza de que todo debía estar —en esas dramáticas circunstancias— al servicio del Partido. Protesta, asegurando “que nuestro partido nos mintiese de esa manera, esto nunca había pasado”. Y amenaza con abandonar la organización. A lo cual le responden que “un bolchevique jamás abandona el partido”. Debe resignarse, reconocer que los tiempos no están para concesiones. Con la distancia que nos permite ver la historia con cierta perspectiva, Serge nos puede parecer romántico, idealista, pero también es un revolucionario convencido, más disciplinado de lo que se podría pensar. Más adelante escribe: “Si la dictadura bolchevique cayese, estaría a la vuelta de la esquina el caos, más allá del caos la presión campesina, la masacre de los comunistas, el regreso de los emigrados y finalmente otra dictadura antiproletaria por la fuerza de las cosas”. Pero también: “Yo formaba parte de la impotente minoría que estaba consciente”. ¿Qué otra cosa podría hacer? Una oposición más marcada hubiese precipitado su caída y existe cierta sinceridad en su declaración, más allá del pragmatismo. Ser fiel a la revolución y a sus actores manteniendo cierta lucidez: es así que Serge enfrenta su manera de implicarse en su siglo.

Sigue siendo lúcido entonces, pero, a pesar de la manifestación de signos que anticipan la instalación de un poder terriblemente regresivo, es llevado por el viento de la historia: la oposición de izquierda es arrasada por el poder de Stalin y paulatinamente la represión se abalanza contra miembros históricos del comité central del Partido. Serge rápidamente es marginado, despojado de su nacionalidad, después exiliado en Ural luego de un difícil y peligroso periodo en prisión. Una fuerte campaña en su favor es emprendida en Europa para quien ya es considerado como un escritor importante. Sus primeras novelas causaron una fuerte impresión: *Los hombres en prisión* (1930), *Nacimiento de nuestra fuerza* (1931) y *Ciudad conquistada* (1932). Narra sus luchas más precarias, la prisión, la inhumanidad de los sistemas que buscan aplastar a los que no aceptan. Al parecer fue la intervención directa de Romain Rolland y de André Gide con Stalin lo que lo salvó: en abril de 1936 es expulsado. De sus años en Rusia posee un material incomparable para la escritura de dos novelas que denuncian la violencia de Stalin: *Si es medianoche en el siglo* (1939) y *El caso Tuláyev* (escrita entre 1940 y 1942, pero publicada en 1948).

Serge regresa directamente a Bruselas, después a París en cuanto el frente popular en el poder lo deja reingresar. Padece numerosos ataques y vejaciones repugnantes, sin poder encontrar un trabajo debido a la presión de los estalinistas. Pero logra publicar sus artículos que denuncian los procesos de Moscú, muestra la forma en que fue destruida la vieja guardia bolchevique o señala las artimañas de los estalinistas en España. Ahí ve representado el símbolo de todas esas luchas: “¿Es posible que lo que queda de Occidente civilizado en el sentido real de la palabra, o si se prefiere de Occidente sin pensamiento, sin cadena sujeta por fantoches y verdugos, el Occidente influido por el respeto al hombre —cualquiera que sea—, el

Occidente influido de fe en un futuro que no debe ser ni de servilismo universal ni omnidestrucción, es que nuestro viejo Occidente de cristianos, de socialistas, de revolucionarios, de demócratas, de hombres de buena voluntad no va a tener, para salvar a Barcelona, un arrebatado de lucidez y de energía”. El formidable humanismo que lo anima no le permite aceptar la caída de la República española, en gran parte provocada por las maniobras de los comunistas más ocupados en la represión dentro de su propio bando que en la derrota del franquismo. Es el momento también en que Serge rompe definitivamente con Trotski: como si a regañadientes, uno y otro no pudiesen tolerar sus diferencias y, con un respeto recíproco, decidieran dejar morir la amistad.

Se conoce bien lo que sigue: la victoria de Franco, la debacle francesa y los refugiados en busca de escapatoria. Victor Serge y su hijo Vlady están entre los millares de indeseables que llegan a Marsella y que tratan de trasladarse a Estados Unidos. Un sistema fue planeado por un grupo de estadounidenses, tales como Peggy Guggenheim, la célebre mecenas que colecciona arte contemporáneo, y Varian Fry, hábil organizador que encuentra sobre la marcha las soluciones para expatriar a los más amenazados. Desde hace ya bastante tiempo la compañera de Serge está aminorada mentalmente, incluso enferma, y no puede acompañarlos. Ese largo periodo de espera se pasa en una Marsella llena de espías de todo tipo, agentes dobles, traficantes. Gran cantidad de intelectuales, judíos de Europa central, republicanos españoles, parias de todo género, están reunidos en esta ciudad para tratar de alcanzar un mundo nuevo. El escritor contestatario jamás había estado rodeado de tantos compañeros de infortunios. Él, acostumbrado a las acciones clandestinas y a la vida al margen, se mueve sin problema en un universo inestable y borrascoso. Sin embargo, es poco beneficiado por la ayuda de los estadounidenses, como es el caso de Péret y de Anna Seghers, cuyo ingreso inquieta a las autoridades, alertas de no dejar entrar a su territorio a un futuro creador de problemas.

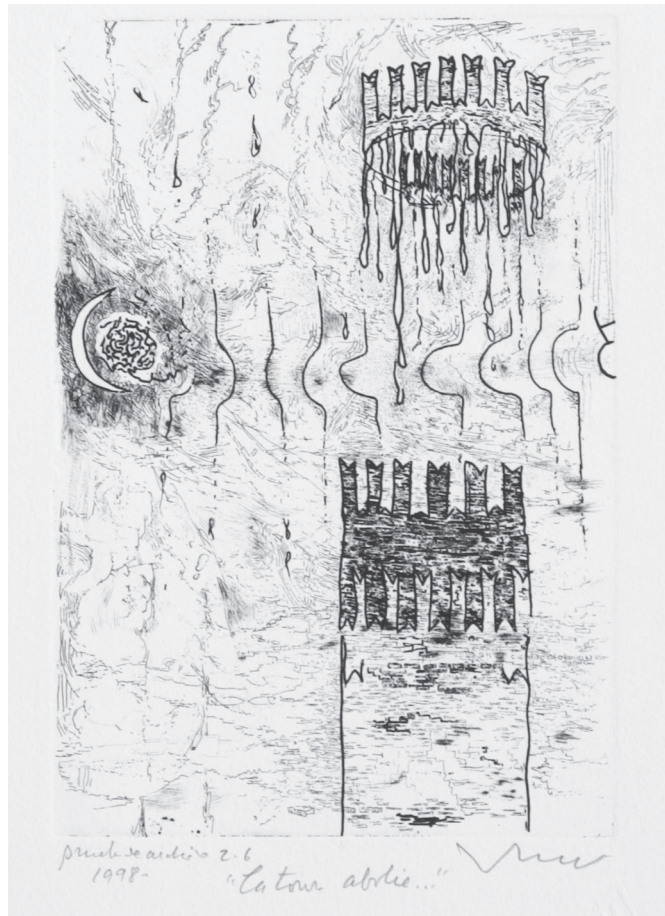
Serge y Vlady parten finalmente el 24 de marzo de 1941, antes de que la zona llamada “libre” sea controlada totalmente por los alemanes. Su periplo se parece a su destino: avanzan, están intranquilos, expulsados, luego aceptados. El viaje suscita pasajes muy bellos de escritura en los *Cuadernos* de Victor Serge. A pesar de que no es alguien nacido para viajar: nunca se trasladó por gusto o por ganas. Siempre es una razón superior, en general impuesta, que le inflige un traslado. Y esta vez se trata de una travesía trasatlántica que lo lleva hacia su próxima tierra de alojamiento: México. Con un boleto de ida.

Durante uno de los múltiples altercados que marcan ese viaje, en Martinica, policías franceses le preguntan: “¿Es usted judío?” y Serge les responde: “No, no tengo el honor”. Existe en ese diálogo una suerte de rasgo revelador de la personalidad profunda. Simplemente señala el significado del honor, el gusto por el rechazo y la ausencia de prejuicios. Sus primeros contactos con la tierra americana están privilegiados por el encanto por la naturaleza, por las personas, las ciudades. Entonces atraviesa el Caribe con esa capacidad de observación tan aguda, y sucumbe bajo los encantos de las islas. Asimismo hay, por primera vez, un poco de ingenuidad en sus palabras. En Cuba experimenta la “sensación embriagadora de un país libre” y durante ese mismo verano de 1941, al llegar a Ciudad Trujillo escribe: “Aquí la vida está desnuda, totalmente cerca

de la tierra viviente, las piedras y el dinero no la aplastan”. Contra una lasitud que podría invadirlo lógicamente, Victor Serge conserva su curiosidad y su ánimo por descubrir. En el fondo el convencido humanista que sigue siendo contra todo un escritor, preocupado de ver y testificar.

Serge y Vlady llegan finalmente a Mérida el 4 de septiembre de 1941; después viajan a la Ciudad de México durante la víspera. El 9 visitan la tumba de León Trotski. Comienzan su nueva vida en la Ciudad de México, en un momento en que la ciudad se puebla de refugiados y exiliados de todos los géneros. En sus *Cuadernos* el escritor da cuenta de sus últimos años, textos en los que mezcla las observaciones del lugar, reflexiones sobre la guerra o la geopolítica, las discusiones de todos los géneros con los amigos o los personajes encontrados, los pensamientos sobre el pasado y los fracasos vividos, y el peligro aún presente con los rumores de asesinatos preparados por los asesinos de Stalin. A partir del 18 de enero de 1942, algunos meses después de su arribo, comparte la certeza de que habrá de morir asesinado. Pero más allá de esta amenaza constante surgen ataques de comunistas locales que no dejan de ponerle obstáculos en el camino, particularmente en el trabajo, ya que Serge quiere alquilar su pluma a los diarios locales. Sin embargo, mantiene una fuerte actividad en la escritura; dispone de todo el tiempo para consagrarse a ello. Así termina las *Memorias de un revolucionario*, *El caso Tuláyev* y *Los años sin perdón*, entre otros. También es el momento en que, ayudado por la viuda, escribe *Vida y muerte de León Trotski*, generosa biografía de un hombre con el que lo confrontaban muchos puntos, pero cuya honestidad y rigor fueron ejemplos para él.

Las reuniones públicas de las actividades cercanas a sus ideas son atacadas por los estalinistas locales y las riñas estallan con frecuencia. La Ciudad de México recibe a los republicanos españoles, aún divididos después de las terribles luchas internas que minaron la República, así como a alemanes, franceses y gente de Europa central que coinciden en el exilio. Serge frecuenta a Jean Malaquais, Julián Gorkin y Gustav Regler con los cuales hay una comunión de pensamiento en el campo político, pero también es muy próximo de germanófonos como Otto Rühle o Fritz Fränkel. Asimismo tiene una relación de cercanía con los surrealistas exiliados en México. Pero sólo conoce a muy pocos intelectuales locales, y con ellos prácticamente no habla. Sin embargo, se siente solo y la relativa pobreza en la que vive no ayuda a su mejoría. Serge es un exiliado nato y no se queja, pero al igual se percibe una suerte de sufrimiento. El lector de los *Cuadernos* no puede más que sorprenderse por el inquieto ambiente de la época, por esos episodios en que Serge acompaña a una amiga que va a vender las últimas joyas que le quedan, las descripciones de los bajos fondos y de la miseria, las dudas acerca de la evolución del conflicto y, no obstante, una especie de clarividencia que le permite cuidarse de los abusos. La cuestión lacerante del fracaso de la revolución soviética lo agobia y la transición hacia el autoritarismo le agría el ánimo. Fue testigo de la toma del poder por Stalin y esto lo sufrió en carne propia. A todos esos sufrimientos y a esta terrible represión opone su esperanza en el hombre y su creencia inquebrantable en un futuro mejor. Ser arrojado a un tormento similar, tener una cantidad tan grande de dificultades para superar y persistir en creer en un mundo más luminoso demuestra la fuerza de Victor Serge:



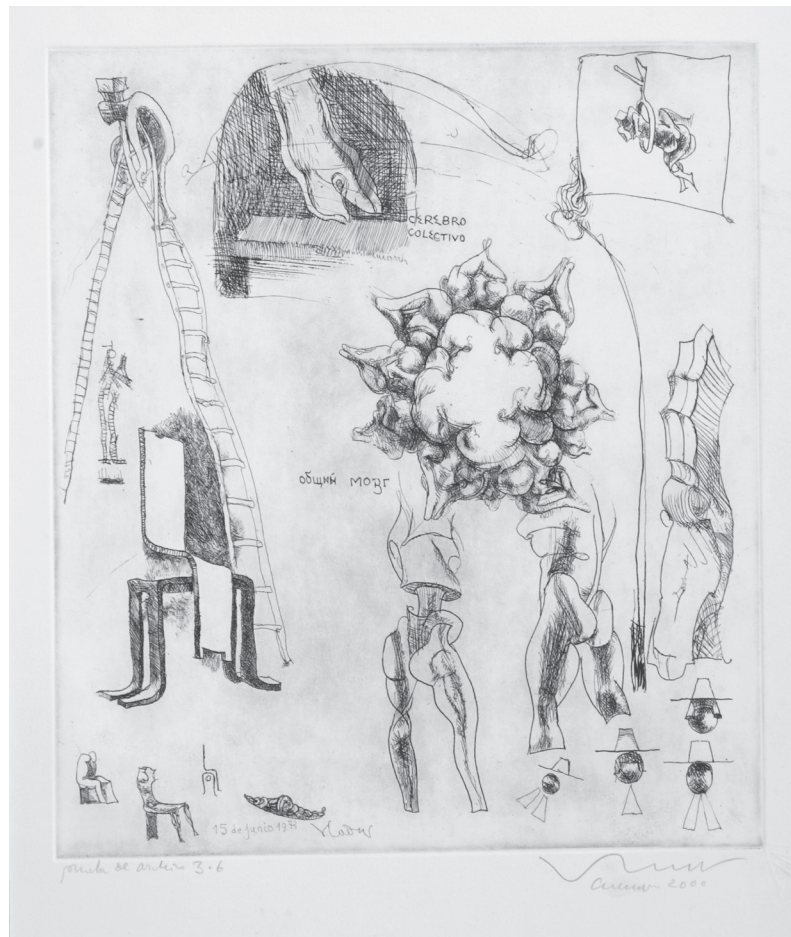
Vlady "La tour abolie", 1998

alberga esta esperanza en lo más profundo de sí y las pruebas que ha tenido que pasar, en lugar de hacerlo dudar, lo han reforzado en su convicción. Es admirable por su generosidad, pero también por su lucidez, lo cual podría ser impactante; no se deja encandilar por la ideología y consigue pensar de manera notable y con justeza. Observa particularmente la guerra mundial e interpreta los grandes cambios con una intuición notable. Escritor, es ante todo testigo de su tiempo. Y el observador de este lugar nuevo para él.

Serge deja que se establezca una relación con el país, con entusiasmo en ocasiones. México es la tierra de los parias y de los rechazados de ese tiempo. Trotski fue de ello la encarnación más evidente. Ya en su novela *Nacimiento de nuestra fuerza* contempla del lado de México con afecto, señalando en un diálogo el poder de Cortés que supo quemar sus naves para no ser tentado por un posible regreso, o en su alusión a Zapata: "Emiliano Zapata creó en la montaña de Morelos, con los campesinos alzados, descendientes de las antiguas razas cobrizas, una república social. La primera de los tiempos modernos". El libro es publicado en 1931. Desde hace mucho tiempo tiene una mirada cómplice hacia esta tierra que ha logrado su revolución sin caer en el autoritarismo que caracteriza en ese momento a la URSS. Siente curiosidad por la ciudad, las personas, el país. Con mucha frecuencia hace aproximaciones, siempre tratando, como hacen los viajeros, de reconocer con referencia a lo antes visto. Entonces escribe: "Incluso en la tierra mexicana, tan profundamente original con su sequía volcánica, encontré paisajes de Rusia y de España; el *Indio* me pareció una especie de hermano de los labriegos de Asia central". En su escritura las comparaciones y la explicación de las similitudes no son atajos o facilismos del lenguaje: está convencido de que hay una gran comunión entre los miserables

de todo el mundo y la incorporación de resonancias entre ellos por sus palabras que forman parte de su compromiso político. Ve en el *indio* el hermano de todas las desdichas contra las cuales se enfrentó en el pasado y no deja de explicar a esos personajes que a menudo parecieran difuminados, borrados.

Durante un paseo en los bajos fondos de México, al inicio de su estancia, insiste en los parecidos con un tugurio ruso y termina por acordarse de París, de una calle llena de prostitutas: "Universalidad de la miseria del macho y de la hembra en la gran-ciudad-sin-escape-posible. Esta *calle* es parecida a una calle que sube del Boulevard de la Chapelle hacia la basílica del Sacré-Coeur". Las muestras son numerosas y Serge no escapa a la tentación: los atuendos de las mujeres indígenas son parecidos a los de las campesinas de Asia central, los mercados dan la misma impresión que los que se encuentran en Marruecos y una máscara humana da la sensación de que está dedicada a un "Voltaire zapoteco". Le gustan esas comparaciones y con éstas establece un especie de puente con lo ya conocido, lo ya visto; no solamente cree en lo universal y lo expresa de ese modo, sino que llega también a sentir una continuidad en su vida, la perpetuidad de aquel que ha sido. El exiliado a menudo necesita encontrar una tierra firme bajo sus pies, algunas certezas que pudo comprobar antaño, algunas sensaciones que lo regresan a un pasado que le proporciona consistencia. Visita el país con una curiosidad formidable, nos cuenta en sus *Cuadernos* de sus excursiones a los lugares más turísticos, tanto prehispánicos como coloniales. Adquiere con presteza algunos conocimientos y habla de sus observaciones con seriedad y autoridad. Oaxaca o Puebla, Teotihuacán o Tula, son parte de los lugares de los que habla con precisión. Le gustan también los sitios en donde la cultura popular se expresa más: los bajos fondos entonces, pero también el Coli-



Vlady, "Cerebro colectivo", 2000

seo adonde asiste a un espectáculo de lucha libre o a una procesión de la Virgen de Zapopan. Incluso señala que Cantinflas no es un humillado, como los personajes de Chéjov. En cambio los encuentros con los artistas o intelectuales mexicanos son escasos y poco empáticos. Describe a Diego Rivera como un niño y aprovecha para criticar a los otros muralistas, más o menos responsables del estalinismo. Se sabe que conoce al joven Octavio Paz a quien le descubre las obras de Henri Michaux, aunque no habla en sus escritos al respecto. Su encuentro con el Dr. Atl, pintor refugiado cerca del volcán Parícutín también es peculiar, así como el personaje. El pintor ya está entrado en años y recientemente vive alejado de la sociedad. Tuvo filiaciones antisemitas, incluso pronazis. Y su pasión por los volcanes sobre los cuales escribe y que pinta devotamente lo ha hecho vivir al pie de uno de éstos. Serge es respetuoso y llega a establecer una relación de confianza con él.

Le gusta ese México del retiro, ese lugar que extrañamente mezcla un anarquismo similar al de las tierras ya recorridas, y por las cuales ha combatido, con un universo posrevolucionario en donde los rechazados del mundo entero acaban por llegar. En su novela *Los años sin perdón*, los revolucionarios, que del mismo modo atravesaron por situaciones peligrosas como las purgas, no conservan ninguna ilusión sobre ese pasado aunque mantienen su fe en el ser humano. El último capítulo se lleva a cabo en un lugar perdido de México en el que, no obstante, el brazo vengador de Stalin no les ha concedido perdón... Y el lector ve lo que agrada a Serge en el meollo de esta naturaleza un tanto cruel: "Daria retoma contacto con un mundo maravillosamente sencillo". Es espléndido, pues es sencillo. Esta forma de belleza se adhiere en oposición de las zonas sombrías y oscuras que ellos han atravesado. México es

solar y fuerte, vigoroso, pues, en su apariencia, no muestra ambigüedad. "Latinoamérica, desde que existe, recibió de Europa todos sus nutrientes espirituales." Con esas pocas palabras de Serge se comprende cómo ve la situación: las tierras nuevas son las que poseen la frescura, el refugio y la posibilidad de recomenzar. Cuando la segunda guerra mundial termina Serge escoge permanecer aquí. Otros, como Breton y Pétret, tienen dudas, tienen miedo de regresar a una Europa que ven en cierta manera dominada por los estalinistas. Esto debe de haber sido determinante para Victor Serge, al igual que la idea de que estaba mucho mejor que en cualquier otro lugar, tanto como que este ambiente lo habría conquistado de manera creciente.

En sus escritos, el 7 de enero de 1942, comenta sus reservas y su desconfianza: "Tina Modotti murió en un taxi que había tomado para ir al hospital: 'crisis cardiaca' extremadamente

sospechosa". No ignoraba que el sindicato de taxistas tenía influencia de los estalinistas; la seguía teniendo cuando él falleció de la misma manera el 17 de noviembre de 1947. Acaba de terminar un poema intitulado "Mano" que había enviado por correo a su hijo Vlady. Éste, sin saberlo, vela el cuerpo de su padre y le dibuja... la mano. La vida de Serge fue surcada por las coincidencias, los azares y las refulgencias. México a menudo parece el lugar ideal para propiciar sobrecogimientos de este orden.

Es de buen gusto rechazar el estatus de "escritor de gran literatura" para los militantes políticos que han empuñado la pluma. Serge es el obvio contraejemplo de esto, tanto el valor de sus escritos nos conmueve y el poder de su frase nos influye. Él mismo estaba preocupado por esta cuestión y largamente reflexionaba en "Literatura y revolución", y no dejó de

interesarse en esta difícil relación en sus escritos íntimos. “Las obras de tesis, en el sentido usual del término, son a menudo, por definición, obras de calidad inferior, y de entrada están por debajo de su tarea. La confusión entre la agitación, la propaganda y la literatura es igualmente funesta en esas tres formas de la actualidad intelectual y la acción social.” Esto es dicho de manera magistral: la mala literatura militante nace de la confusión que el autor ostenta de querer hacer de la propaganda ahí donde no hay lugar para ella. La pesadez del mensaje, el aspecto deliberadamente esquemático de los personajes y el desenlace predecible son los rasgos de una literatura desviada de su tarea artística para llegar de mejor manera a las conciencias militantes. Los ejemplos son innumerables y la historia se encarga de mandarlos al olvido. La obra de Serge procede a la inversa: se mantiene viva, inquietante, y no reniega en absoluto de sus convicciones. Si utiliza la novela para denunciar los procesos de Moscú es porque en ésta encuentra una herramienta más adecuada para desarmar los mecanismos de la mentira y de la puesta en escena. Hace de carne y hueso a los personajes que la realidad había reducido a tan sólo ser números o nombres en las largas listas de los desaparecidos. El escritor expone de esta manera el aspecto más infecto de esos procesos, este anonimato impuesto, y se le opone ofreciendo el espacio de la ficción para dar vida y presencia a los olvidados. Admite cuando invoca su vida y sus luchas: “Esto significa pronunciarse activamente contra todo lo que disminuye a los hombres y participa en todas las batallas que buscan liberarlo y engrandecerlo”. Para Serge no hay contradicciones entre sus actividades, ya que sabe que cada uno debe deslindarse del otro y que todos van en la misma dirección: la defensa del individuo contra los sistemas que tratan de oprimirlo. Su obsesión: “Jamás renunciar a defender al hombre contra los sistemas que planifican el aniquilamiento del individuo”.

Serge es un paria por definición: en vida fue el exiliado por antonomasia, y después de su muerte, continúa siendo el olvidado de los diccionarios. Hecho singular para un escritor, nace en el exilio y se percata de que su definición, su esencia, se encuentra en esta condición: no estar en ninguna parte en casa y sentirse donde sea en la misma situación. Es revolucionario internacionalista, pues para él una revolución local no tiene ningún sentido si debe limitarse a tomar forma en un solo país. Igualmente sus lecturas, su cultura, sus valores se construyen con una visión amplia y sin fronteras. “Exiliado político de nacimiento, conocí las ventajas reales y los duros inconvenientes del desarraigo. El cual amplía la visión del mundo y el conocimiento de los hombres; disipa las tinieblas de los conformismos y de los particularismos asfixiantes; preserva de una suficiencia patriótica que en realidad no es más que una autosuficiencia mediocre; pero constituye en la lucha

por la existencia un hándicap más que importante.” Esta frase lo define muy bien: las ventajas aseguradas de nacer proscrito, y la molesta incapacidad que esto impone. Entre las reacciones a este estado de paria pensamos que la escritura constituye una salida plausible. Es necesario hablar para existir cuando la vida nos relega a los márgenes y nos lleva hacia la desaparición. El exilio también es una escuela de la libertad forzada, la promesa de un desafío constante: saber reinventarse, erigir una existencia y una obra que se abra a todos los demás y sobre todo aprender a mantenerse fiel al juramento íntimo por esta libertad total y abierta a la cual el exilio obliga, a pesar de las imposiciones que conlleva. Estar condenado a no tener obligaciones, al menos en apariencia: la inmensidad y la vida que estremecen al desterrado pueden también llenarlo de palabras. Frente a un mundo que se volvió extraño, urge dejar trazos, frases, compartir sensaciones y obsesiones, recuerdos y pesadillas. El escritor exiliado es el más exiliado entre todos los desterrados: en su destino se convierte en el punto extremo de la conciencia de esta condición y ofrece escritos para arraigarse en lo real y las ficciones para dar vida a algo más exiliado que él mismo: el personaje de su imaginación. Está despojado de todo deber hacia el universo inmediato y puede entonces dar a sus palabras las tareas que le parecen prioritarias.

Por encima de todo, Victor Serge se sintió poseedor de un deber: ser la voz de los que no la tienen. “El escritor es por definición un hombre que habla por una multitud de hombres callados.” El desterrado, por encima de todo, puede tomar la palabra y hablar, primero por él, y por los otros, mudos y olvidados. Es el eco de las conciencias discretas y afianza mejor sus propias palabras si se siente responsable de ello. “Para mí lo esencial era mostrar, hacer vivir, hombres, los hombres, casi una multitud, esta multitud en marcha de la cual cada uno no es más que un momento y un átomo.” Escritor belga-ruso, revolucionario anarquista, exiliado nato, combatiente contra la oscuridad, intelectual justo y poeta inspirado: Victor Serge fue todo eso y mucho más. No se desvió de su trayectoria. Sin concesiones ni otra ambición que cumplir su papel, nos dice que la escritura traduce su revuelta y la hace perdurar en sus libros siempre por descubrir. En México encuentra la tierra complaciente que esperaba y en ella una solución, incluso provisional, a los problemas que los tiempos reservaban a los rechazados de la Europa en guerra. Ese “nuevo mundo”, para él, tenía la virtud de volver creíbles las esperanzas de cambio. Serge supo integrarse a un paisaje que se presta a la asimilación, un espacio que parece hecho para el cobijo de los condenados. Sus últimos años aquí se desarrollaron, marcados por la curiosidad por el lugar y la fidelidad a su insumisión.

Traducción: Héctor Iván González

Fragmento del libro *Los escritores vagabundos*, de Philippe Ollé-Luprune, publicado en el sello Tusquets © 2017. Cortesía otorgada bajo el permiso de Grupo Planeta México.